

# DIANE ARBUS

## CAZADORA DE LA

A través del arte, cada cual busca liberar sus demonios particulares. Da rienda suelta a sus preferencias, sus odios. Desata la metáfora de su miseria interior; libera de algún modo sus extrañas pasiones, da cuerpo a sus fantasmas y terrores diurnos, recupera la vigilia con un sol extinto en el alma o con una aurora que a golpe de cuchillo se abre paso por el escenario de la piel. Diane Arbus, fotógrafa, lo hizo a través de un conjunto de fotos pobladas de personajes singulares. Fotografías en las cuales un morbo casi infantil dejaba escuchar sus acordes. Fotos en las que lo bituminoso y lo poco común proporcionaban al espectador trozos de una realidad oculta, velada por muchas capas de normalidad. Diane Arbus fue a la cacería del lado oscuro de la vida poblada de monstruos arrebatadamente humanos, de esa vida amueblada de seres estrafalarios y dramáticos, de seres como sacados de una pesadilla; pero eso sí, todo organizado en la foto con sensibilidad y una emocionada sutileza.

Pasaba horas estudiando todos sus movimientos. En muchos de estos safaris de exploración por el metro no desaprovecha oportunidad para acosar a los exhibicionistas. Patricia Bosworth señala en la biografía que, Diane se convirtió a sí misma en una exhibicionista. Se masturba con las ventanas abiertas a sabiendas que los vecinos pudiesen estar observándola. Según Bosworth, su novio Allan Arbus fue quien la inició en los dulces encantos de la masturbación.

La relación de Allan Arbus con Diane comenzó cuando ella tenía 14 años. A sus padres, esta relación no les despertaba interés al-

guno. Un chico, quisquilloso y atolondrado, cuya mayor aspiración era ser actor, no les inspiraba mucha confianza que se diga. De todos modos y para complacer a Diane aceptaron a Allan con muchas reservas. Diane se casó cuando cumplió los 18 años. Después de la boda, el país entró en la segunda guerra mundial. Allan fue movilizado. Como se había iniciado en la fotografía en el ejército, se le permitió especializarse y así se convirtió en fotógrafo militar. De vuelta al hogar y con su aspiración de ser actor ya superada se decidió, junto a su esposa, convertir la fotografía en un proyecto de vida en común.

La pareja comenzó realizando fotografías por encargo para el negocio de los padres de Diane. Poco a poco las fotografías tanto de Diane como las de su esposo fueron apareciendo en revistas importantes como Vogue.

En ese tiempo, el fotoperiodismo era la pauta a seguir, era una moda indiscutible. La foto, como una poética de la vida cotidiana. Los fotógrafos del momento eran Cartier-Bresson y Elliot Erwin. Además ya asomaban como promesas jóvenes Irving Penn y Richard Avedon; incluso Stanley Kubrick efectuaba sus primeros pasos en fotografía.

El matrimonio Arbus tuvo dos hijos y aunque jamás les faltó trabajo, nunca tuvieron una economía doméstica estable. El padre de Diane se hacía el desentendido (quien por ese tiempo se había convertido en la comidilla social debido a que mantenía un coqueteo con Joan Crawford) y no los ayudaba en lo absoluto. Diane Arbus trataba de mantenerse en los pa-

rámetros de madre normal, pero muy dentro hervían depresiones y miedos que hacían blanco en sus nervios.

Su trabajo fotográfico para ese entonces era rutinario y sin ningún rasgo estético sobresaliente. Era el año 1958. La fecha es importante debido a que es a partir de ese año que su trabajo sufrirá un viraje radical a partir de su asistencia a las clases de Lisette Model.

Los paralelismos entre ambas fotógrafas son bastante acentuados. Lisette Model era hija de padres ricos. Nació en Viena. Era judía. Vivió en París y luego emigró a los Estados Unidos huyendo de los alemanes. Fue una retratista de lo crudo. Plasmaba la pobreza, la miseria y la vejez con plana frialdad. Más que el impacto estético busca efectos. Intentaba sacudir al espectador. Arbus fue una de sus alumnas más aplicadas y de seguro escuchó muchas veces la frase preferida de Model: "No pulsen el disparador hasta que el sujeto que enfocan les produzca un dolor en la boca del estómago".



Cartier-Bresson

# BELLEZA CONVULSA

Carlos Yusti

En el interín, el matrimonio de Diane y Allan no marchaba del todo bien. Todo terminó en ruptura. Fue una separación en buenos términos. Esta crisis conyugal y su estrecha relación con Lisette Model convirtieron a Diane Arbus en una cazadora desesperada. Andaba con su cámara como en un safari de personajes singulares, de seres extraños provistos de una belleza aciaga, de esa belleza convulsa de la que habló el sumo pontífice del surrealismo André Bretón.

Diane Arbus comenzó a recorrer las peores calles de Nueva York con su cámara a punto de disparo. En la jungla de asfalto se movía con sigilo tras su presa. Sus incursiones, sobre todo a altas horas de la noche, eran ya una experiencia que la marcaría para el resto de sus días. Su método fue sencillo: ir al encuentro de lo grotesco, de lo bellamente horrible. Su segundo paso fue entablar conversación con la fauna nocturna, con los reventados de la vida, con los personajes más excéntricos que pululaban por bares de mala muerte y basureros. Diane conversaba largas horas con prostitutas, chulos, mendigos. Les explicaba su pasión por la fotografía y luego los convencía para que dejaran tomar una foto. Poco a poco fue conformando una galería de tipos, de seres que más que personajes de la noche eran alegorías de nuestras pesadillas. Un inigualable museo de hombres, mujeres y niños dejados al margen del gran "sueño americano".

Eran fotos en blanco y negro que trabajan exhaustivamente la luz y las sombras, no obstante los personajes retratados

eran tan impactantes que el espectador se fijaba muy poco en la calidad. Algo de morbo amari-llista tenían estas fotos de Arbus. Sus modelos eran vagos, borra-chines, fenómenos de circo, nudistas, prostitutas, travestidos, parejas de barriadas pobres, retardados, niños especiales, gemelos, enanos, gigantes, locos y de la más variada alcurnia como un hombre de Oklahoma que se auto-proclamaba como heredero supremo del trono del Imperio Bizantino. Diane Arbus explica un poco su relación con estos personajes: *"Los monstruos eran una cuestión que yo fotografié mucho. Fue una de los primeros motivos que fotografié y poseía un tipo de excitación terrorífica para mí. Yo empecé como a quererlos. Todavía hoy aprecio y quiero a muchos de ellos. Yo realmente no quiero aseverar que ellos son en sí mis amigos, sino más bien que ellos me hicieron sentir una mezcla de vergüenza y temor. Hay una cantidad de leyenda sobre los monstruos. Todo para ellos sucede como en un cuento de hadas. Los monstruos nacieron con su trauma. Ellos ya han pasado su prueba en la vida. Ellos son aristócratas"*.

La película de Tod Browning, *Freaks*, fue importante en su trabajo. Patricia Bosworth escribe: "Le llevó a Diane a ver *Freaks*, la película de Tod Browning, de 1932; Dan Talbot la había reestrenado en el New Yorker Theatre, del Upper West Side, que era de su propiedad. La película cautivó a Diane, porque los monstruos no eran imaginarios sino reales, y esos seres —enanos, idiotas, contrahechos— siempre habían sido para ella motivo de atracción, de reto y de terror, porque consti-



tuían un desafío a muchas convenciones. A veces, Diane pensaba que su terror estaba vinculado a algo que yacía en lo más profundo de su subconsciente. Cuando contemplaba el esqueleto humano o la mujer barbuda pensaba en un ser oscuro y antinatural que llevaba oculto dentro de sí misma. En su infancia le habían prohibido que mirara todo lo que fuera "anormal": un albino con los ojos rosa a medio cerrar, un bebé con labio leporino o una mujer gorda como un globo debido a alguna misteriosa deficiencia glandular. Como se lo habían prohibido, Diane los miraba con más atención, y desarrolló una profunda simpatía por toda rareza humana. Esas criaturas extrañas habían tenido madres normales, pero habían salido del útero alterados por una misteriosa fuerza que no llegaba a comprender".

Para retratar nudistas tuvo que visitar algunos campamentos

que fueron un experimento de liberación sexual novedoso en aquellos años. Ella cuenta más o menos así esta experiencia: "Los campamentos nudistas eran un asunto nuevo para mí. He ido a tres de ellos en espacio de años. La primera vez fue en 1963. Me quedé una semana entera y eso realmente me estremeció. Era el campamento más granado y por esa razón, por alguna razón, era también el más patético. Realmente estaba cayéndose en pedazos. El lugar era mohoso y el césped no estaba creciendo. Siempre había querido ir pero mi ansiedad no me atrevió. Recuerdo que para llegar al sitio me fue complicado. El director me encontró en la estación del autobús, porque yo no tenía un automóvil. Así que entré en su automóvil y recuerdo que estaba muy nerviosa. Él dijo: 'Espero logre comprender que usted ha venido a un campamento nudista'. Le aseguré que lo entendía perfectamente. Así que nosotros estábamos allí de mutuo acuerdo. Y entonces él me dio este discurso: 'Usted encontrará que el tono moral aquí es más alto que el existente en el mundo externo. La razón para esto tenía que ver con el hecho de que el cuerpo humano realmente no es tan bonito y cuando usted lo mira, el misterio se lleva en el interior'. Realmente todo aquello me produjo asombro. Recuerdo que el primer hombre desnudo que observé estaba cortando el césped tan tranquilo".

En 1967 se inaugura la muestra "New Sensations" y los retratos de *freaks* cazados por Diane provocan distintas reacciones. Algunos rechazan las fotos de manera rotunda, otros subrayan su tono decadente y de mal gusto. Los espectadores más atentos sa-

ben que se encuentran ante una fotógrafa inusual. Por esos años revistas como Harper's Bazar y Esquire le encargan una serie de retratos de escritores, actores, actrices y poetas. Por su lente desfilan Norman Mailer, Mae West, Jorge Luis Borges.

Se convirtió en una fotógrafa de culto y su trabajo era respetado y admirado por fotógrafos de la talla de Avedon y Walter Evans. Por otro lado su vida, tan convulsa y deforme como los personajes de sus fotos, formaba ya parte de su mitología.

Vestía de manera descuidada y en ocasiones hasta lamenta-

ble. Duraba semanas con una misma ropa. Su vida sexual era agitada y en grado sumo promiscua. Se acostaba indistintamente con hombres y mujeres. Hasta se aseguraba que en algunas oportunidades tuvo sexo con muchos de los monstruos a los cuales retrató. Fue especialista en fotografiar orgías. Las depresiones se hicieron más frecuentes. A pesar de que su reputación de artista siempre fue ascendente, su situación económica fue precaria. La razón era que recibía contados encargos y muchas de sus fotos, donde dejaba el alma, despertaban todas las admiraciones posibles, pero las revistas tenían cierto prurito en publicarlas.



Diane Arbus

# BILLY COLLINS

Traducción y Notas de Sergio Quiral

Un 27 de julio Diane Arbus se suicidó. Se había cortado las venas. Además presentaba los síntomas característicos de una sobredosis de pastillas para dormir.

A la luz de hoy, las fotos realizadas por Diane Arbus siguen perturbando. Aunque la televisión nos ha curado de todos los horrores posibles, el trabajo de Arbus posee el toque mágico de lo artístico, hay una insania metódica, lírica y plástica que se eleva por encima de todo amarillismo mediático. En apariencia, son fotos enmarcadas en la normalidad. Por ejemplo, tenemos a una pareja con dos hijos. La madre con uno de meses en los brazos, el padre sostiene al otro de la mano. El bebe, la mujer y el hombre miran fijamente a la cámara. Sus expresiones faciales son leves. Lo extraño es el niño (con la boca abierta) y su mirada perdida. Está esa otra foto de una pareja normal con un gigantón que roza el techo. Luego tenemos esa otra foto de una mujer tragándose una espada.

La enciclopedia de fotografía americana informa que en el año 1972 Arbus había vendido más de cien mil copias de sus fotografías. Este dato muestra que para el sueño americano el arte válido es aquél que se cotiza bien en el mercado. Diane Arbus fue una fotógrafa de los extremos; los seres que retrató estaban empañados de una belleza frenética. Sus fotos en alguna medida fueron ese espejo donde pudo conocer(se) y descifrar(se) esa monstruosidad que en algunos vive muy bien guardada y en otros escapa a la superficie como una extraña metáfora que cala los huesos.

A veces, del atiborrado panorama de la poesía norteamericana se hace mención de algún poeta como Billy Collins en términos de aceptación nacional y éxito de ventas. La poesía, como se sabe, no es un producto fácil, sin embargo, antes de etiquetarlo de mal bestseller nos da que pensar su filo humorístico, la tonicidad de su poesía y su excesivo desparpajo que le han valido a Collins ser uno de los poetas más leídos últimamente.

Escuchar sus disertaciones acompañadas de la risa constante del auditorio, es algo poco usual en poesía. En "El Sombrero de las Velas", el autor está frente a un cuadro de Goya, un autorretrato que lo muestra en su plena madurez, digamos de 45 años, frente a un espejo al final del crepúsculo listo a comenzar la faena nocturna. La escena del poema parece sacada de uno de tantos cuadros alegorizados antes por Auden, "Museo de Bellas Artes", y el gemelo poema de William Carlos Williams "Paisaje con la caída de Icaro".

Lo que le da su especial encanto a "El sombrero de las Velas" es el protagonismo del lector: usted es quien está frente a Goya observándolo ataviado con su "sombrero candelabro", un diseño inventado seguramente por él mismo hasta que la observación pasa a un segundo plano y la imaginación nos permite conocer la humanidad de Goya, la humanidad de Collins o nuestra propia humanidad.

Billy Collins es profesor de Inglés en la Universidad de Leh-

man, Nueva York. Muchos, entre ellos Updike, William Watthews, etc., lo han celebrado como un poeta de ingenio. Sin embargo, su trabajo está cargado de un prosaísmo trágico y jocoso en el que se conciente una o dos líneas líricas. Sus poemas se han publicado en la célebre *The New Yorker*, *The Paris Review*, *America Poetry Review*, *Harper's* y muchas otras. Su libro *About Angels* fue ganador del Nacional Poetry Series que fue una distinción nacional. "The Art of Drowning" (El arte de Ahogarse) es su quinto libro de poesía. Actualmente vive en Sommers, New York.

